

Las brujas acompañan á esos espectros en los días sabáticos. En el jardín celebran aquelarre. Allí las fecunda el cabrío; allí cantan sapos ventrudos el himno á Lucifer.

Preside estos congresos infernales *la dama blanca*. Es luminosa, transparente. El que la ve, ciega. Muere quien gusta sus caricias.

Un mozo, al cual recogieron agonizante cerca del postigo, pudo contar cómo es.

Es alta, blanca, rubia, con los ojos azules. Sus manos son garras que se hincan en el corazón; sus labios, fuego; quien los toca siente que llamas invisibles le consumen la sangre.

Esto repite la leyenda. Esto refieren los aldeanos, haciendo la señal de la cruz, á cuantos desean oirlo.

—¿No hay llave para abrir el postigo y entrar en el jardín?—pregunto.

—¿Llave?—me contesta una anciana—. ¿Para qué? Bastaría descorrer el cerrojillo del postigo y empujarlo. Pero, ¿quién entra? ¿Y *la dama blanca*?...

El interior del jardín me atrae. Quiero contemplarlo á la luz de la luna, durante

una noche de sábado, al toque de las doce, en la hora fantástica.

Nadie conoce mi propósito. Dando por el campo un rodeo, me encamino á las tapias ruinosas. La luna llena cae sobre árboles y hiedras en rayos de plata; el mar gruñe abajo, contra las rocas que sirven al jardín de cimientó.

La soledad es absoluta; los ojos topacioscos del buho relucen entre las hojas verdes; una lechuza lanza silbidos agoreros; sus alas baten demoníacamente el espacio.

Estoy junto al postigo, aguardando la media noche. Una campanada lúgubre es su primer anuncio. Otra campanada y otra, hasta doce, suenan lentas, graves, fatídicas. Empujo la puerta; los goznes enmohecidos chirrían quejumbrosos. Espesos matorrales refuerzan el postigo. Aparto las ramas, venzo el obstáculo y me hallo dentro del jardín.

Jardín es de encanto por obra de la Naturaleza, que, recobrando sus fueros primitivos, ha borrado en él toda huella, toda señal de la mano del hombre.

Las vegetaciones se mezclan, se enredan unas á otras con promiscuidad arrogante. Los arenados paseos desaparecieron bajo

alfombras de hierba; olas de verdura, que el viento lleva y trae, son los andenes primitivos; lianas gigantescas se desenroscan como serpientes desde las ramas de los árboles.

Los frutales embalsaman la atmósfera con sus olores agrios; adelfas gigantescas, de floración roja, mezclan á este olor los venenos de su perfume. Un plantel de alelíes es al fondo nevado montículo; copos de esa nieve, las flores de acacia balanceándose en el aire; morados labios, abiertos al dolor, los capullos del lirio; rojos labios, abiertos al reír, los claveles; gnomos de cuerpecillo microscópico y rostro burlón, los pensamientos.

Sigo hacia adelante apartando ramas con mis brazos, hollando hierbas con mis pies.

En ancha plazoleta que pueblan las acacias, para construir sobre ella bóvedas de alabastro, arcos móviles de fantástica arquitectura, hay una fontana.

De mármol es su taza, que festonan caireles de azules campanillas. El surtidor, al que privaron las aguas de su risa, está rematado por una estatuilla del Amor.

Rota una de sus alas, el dios parece cauti-

vo sobre el abismo de la taza. Sus manos previenen el carcaj.

Por las gradas de una escalinata monumental llego á una galería, cuya balaustrada asienta sobre el Océano.

Entre las deshechas baldosas echaron los rosales raíz.

Rosas encarnadas, blancas, amarillas, color te... adornan las ramas punzadoras; perfumes suavísimos hacen del espacio esenciario; los capullos se entreabren como si fueran bocas apercebidas á besar; las flores, en plena madurez, desparraman sus hojas en franca orgía de matices...

No es el jardín, no es aquel rincón delicioso, palacio donde ofrece *la dama blanca* sus mortales caricias. Allí no puede reinar el culto de la muerte, con su corte de fantasmas y brujas. Allí reina la vida. Allí debe presidir la diosa del placer con su corte de ninfas y con sus coros de amorcillos.

Y preside.

Por el arco roto que conduce al arruinado palacete, se descubren griegas columnas. En su centro yérguese triunfadora una estatua de Venus.

Surge de entre las rosas, desnuda, riente,

como una evocación olímpica. Las rosas se enroscan á sus pies, suben al largo de sus piernas, ciñen su cintura, trepan en guirnalda por su pecho, tejen collar á su garganta, corona gentil á su cabeza gozadora...

No la leyenda medioeval, la griega leyenda, revive bajo la advocación de Venus. Es Grecia la que resucita en el jardín abandonado. El propio mar, que bajo el palacete espumea, es azul y plata como el mar sagrado de Helenia.

Mis manos van inquietas de un arbolillo á otro, para coger rosas y más rosas. Con ellas formo montoncillos que mis manos apiñan.

Quiero gozarme con las frescuras que las hojas meten por mi piel y embriagarme con la aspiración de su perfume.

¡Grato disfrute de las rosas!... Revolviéndolas imagino que, á usanza de la Grecia antigua, van á servirme para derramarlas, hechas lluvia de amor, sobre desnudeces fidianas, sobre una hembra, placentera y hermosa, que vendrá á celebrar sus nupcias conmigo ante el altar de Venus.

Esperándola, paso una hora y otra, sin que la criatura venga. Así pasan las horas

todas de la noche fantástica, sin que la reina del jardín abandonado surja frente á mis ojos.

Años enteros aguardé algo semejante en la vida real, y cada año trajo nuevas desilusiones, y la esperada criatura no vino.

.....
Comienza á amanecer; las amontonadas flores no caerán en lluvia de amor sobre fidianas desnudeces.

Sobre la gradería caen. Sólo dos puñados de rosas bermejas quedan entre las manos mías.

Con ellas me acerco á la balaustrada que se alza junto al mar. Mis dedos deshojan las flores. En lluvia descienden á las aguas.

Revueltas con la espuma parecen borbotones de sangre... El mar las arrastra en su viaje.





À LA LUMBRE

«Ven aquí, junto á la leña que arde, bretona de los ojos verdes y los cabellos enterrubios. Destócate del capillo que virgen de retablo gótico te hace parecer; descázate los zuecos; arrima los pies á la lumbre y charlemos mientras el aire, empapado en lluvia, grufie contra los vidrios.

»De invierno parece este crepúsculo juliano. Los bosques se ocultan tras la niebla; sumergido en ella está el pueblo. Los troncos gimen al arder. Mis amigos fueron á visita de otros amigos. Solo estoy, bretona de los cabellos enterrubios.

»En los días claros me distraigo contemplando el paisaje; el espacio infinito camino es de mi pensamiento.

»Hoy los paisajes no se ven; ciegas para su contemplación dejó mis pupilas la niebla; mi pensamiento no puede caminar; el

frío muerde en mis tuétanos y en mi sangre. Me creo aislado para siempre, sujeto a un *in pace* hecho con bloques de ceniza.

»Bretona, distrae mi soledad. Habla, mientras la lluvia gruñe contra los vidrios y la leña se descompone en llamas y el viento da sus adioses á la luz. Bretona, cuéntame tu vivir. Pase tu vida por tu boca; pasen tus anhelos por el cristal de tus ojos verdes.»

Es el vivir de la bretona como el ruido del agua que cae, uniforme y triste.

En las soledades del bosque, en la cabaña negra que enfrenta con las praderías donde pacen las vacas, nació. Procesión rústica formaron padres y parientes para llevarla hasta la iglesia de la aldea remota. Con cuatro latines y con un chorro de agua la hizo cristiana el cura.

No hubo diferencia para la crianza infantil entre ella y los terneros que sus vacas parían. El pastoreo de sus progenitores llevóla de pradera en pradera; de prado en prado fué amamantándola su madre. A compás de los terneros caminaba por la hierba con sus pies infirmes; con los terneros rebullía y jugaba. Al mugido terneril emprestaron sonos los balbuceos de su voz; en

los ojos de los terneros aprendieron sus ojos melancolía y vaguedad. Mil veces dejóse caer contra las verduras y fué una res más en el sesteo.

El aire campestre endureció su cutis; el roce áspero de las rocas hizo fuertes sus músculos; supo ver en la niebla y hallar salida en los laberintos selváticos. Pronto cargaron sus espaldas los pastoriles útiles; pronto fué criatura del bosque, ajena al temor y al cansancio.

Cuando las noches eran negras, y ella perdida en la negrura, dudaba el buen camino, encaramábase á una duna, dejaba á los vientos enredarse en su bravía cabellera, abocinaba las manos á su boca y prorrumpía en un ¡Viii!... estridente, en un aullido que el aire iba llevando y ensanchando de pradería en pradería. Otro aullido contestaba á lo lejos. Era la respuesta indicativa de los padres. Tal se llaman las fieras de los bosques.

Aislada, semisalvaje, fué creciendo. Así llegó á moza. Cuando llegó á moza, cuando el ansia de ser hembra guapa la puso en ganas de mirarse, tuvo por espejo una charca.

En ella vió su imagen por la primera vez. Por ella supo que sus cabellos tenían el color de la hierba reseca; en ella contempló reflejadas las dulzuras de sus ojos verdes y las rojas guindas de su boca y el vellón menudo de sus dientes y la blanca piel de sus hombros.

Allí fué gozando, uno á uno, los encantos de su belleza moceril; allí comprendió—la Naturaleza se lo dijo—que sus encantos no podían ser oculto y egoísta tesoro, sino regalo espléndido ofrecido por ella al varón en nombre de la Fecundidad.

Allí lo supo; junto al espejo de la charca trenzó sus cabellos enterrubios y los adornó con florecillas de los prados. Allí lo supo, y desde aquellas soledades envió una sonrisa é hizo con ella ofrecimiento de su virginidad á un ser desconocido, que acaso á la misma hora, en un prado invisible, sonreía también...

Desde entonces, la bretona baja todos los domingos al pueblo con la planchada cofia en la cabeza y la corta falda empabellonando sus tobillos.

Al pueblo baja. En la iglesia está, puestos los ojos en el cura y los pensamientos

en un mozo que del lado opuesto la atisba.

Cuando se acaba la misa, cuando en la plaza rompe el baile, frente al mozo del atisbo baila ella.

Tal vive la bretona el domingo, repartiéndole entre Dios y su queredor.

Al advenir la noche, mozos y mozas desfilan por las sendas que á los bosques y las praderías conducen.

Primero son procesión compacta. Luego se fraccionan en grupos que toman opuestas direcciones; más tarde los grupos se reducen; después negrean por los prados virgilianas parejas, al fin son figuras únicas, solitarias las que se esfuman en la sombra.

Ya no se las ve. Un ¡Ju... juy! lánguido, un aullido dulce y sensual suena á un tiempo en todos los ámbitos del espacio.

Es el adiós de los amantes.

También aúllan dulce, su amor, las fieras de los bosques.

Ploermel.



A compás del remo

El mar está en calma; sus azules prusia se unen hacia el límite del horizonte con los celestes del espacio. Mediodía es, incendiado por los fuegos del sol.

El retorno á la isla se hace con perezoso ir y venir de remos. Cada remazo dibuja entre las aguas primorosos cambiantes. Los pescadores fuman y reman en silencio. Yo, tumbado á popa de la embarcación, releo un libro, en cuyas páginas, un filósofo, un sabio, procura resolver el problema social y convertir á la humanidad en familia inmensa, gobernada por la justicia y el amor.

El sueño de todos los grandes pensadores, de todos los grandes poetas, de todos los hombres que tienen la conciencia honrada y noble el espíritu, adquiere relieve, casi realidad sobre aquellas páginas maravillo-

sas. Yo las vivo y habito con la imaginación el mundo futuro, bosquejado por este filósofo algo místico, partidario de la evolución y de la pacífica propaganda, opuesto en absoluto á los avances por la fuerza y á los sanguinarios desquites.

Que los oprimidos conozcan su derecho á ser libres, que propaguen entre los ignorantes la conciencia de ese derecho, que sumen sus fuerzas, que vayan de acuerdo en su lucha legal contra los opresores, y por fuero de esa unión, de esa propaganda, de ese, primeramente parcial y total acuerdo más tarde, los opresores tendrán que ceder ante los oprimidos y el mundo porvenir surgirá como una aurora espléndida.

Esto escribe el filósofo, esto leo mientras reman los pescadores y mi ociosa mano va tímoneando en las aguas.

—¿Qué? ¿Se pesca mucho?—pregunto al marinero más inmediato á mí.

—No hay para nosotros mucha pesca—responde—. Los vapores de arrastre cargan con casi toda. Ellos son los amos. A nosotros sólo nos dejan los desperdicios de la mar. En fin, mal que bien, durante los meses de verano algo cae. Y falta hace, señor,

porque el invierno ha sido crudo. Tiempo duro y mar brava. Las barcas nuestras son pequeñas para resistirlos y hay que estar en las rocas con los brazos cruzados y con el estómago vacío, oyendo cómo silba el viento y cómo las olas rompen. Mal invierno fué el pasado, de veras.

—Ahora á desquitarse, ¿eh?

—¡A desquitarse!... Mal anda para desquites el oficio. Si se coge poco, por caro que se venda, no alcanza á las necesidades de nuestras familias. Si se coge en gran cantidad, hay que largarlo de balde ó casi casi.

—¿Pues?

—Somos muchos á la faena, y el hambre es el pan nuestro de cada día entre nosotros. Los acaparadores saben esto último y se aprovechan.

—¿Cómo?

—Muy sencillo. Si uno de nosotros pone la pesca á un precio regular, no se la toman; tiene que bajarla, y si se resiste á bajarla, tiene que tirarla á las olas.

—¿Por qué?

—Porque lo que uno pone á veinte, otro compañero lo pone á doce, y al que lo pone á doce le hace otro compañero contra, po-

niéndolo á diez, y al de diez se lo pone otro á cinco, y los acaparadores aguardan, y fuerza es pasar por lo que ellos quieren y darles el pez casi de balde. Casi de balde, y sin ponerles mala cara; hay quien lo da casi de balde y sonriendo. Esto es lo que pasa, señor.

—Vuestra es la culpa.

—¿Nuestra?

—¡A ver!... Si los marineros de esta isla os pusieseis de acuerdo todos; si antes de entrar en puerto dierais á la pesca un precio común, el que á vuestro juicio y en ley de justicia ella mereciese; si, una vez acordes en el precio, no lo rebajarais por nada ni por nadie, los acaparadores tendrían que entregarse. ¿Que no se entregaban? Pues vosotros á manteneros firmes, á tirar el pescado á las olas antes de ceder. Si no el primer día, el segundo, si no el tercero, los acaparadores entrarían por vuestro precio y no fuera vuestra situación tan desesperada como lo es al presente.

—Sí, sí. Eso es fácil hablarlo y pensarlo. Sólo que después no hay manera. ¿Quién pone de acuerdo á los pescadores de estas playas?

—Ese, este, vosotros. Haciéndoles ver que en tal forma marcharían mejor, no fuera difícil conseguirlo. Es cuestión de paciencia.

—¡Paciencia!... No es paciencia, no es comprensión lo que necesitamos nosotros. Paciencia ya tenemos; no es poca estar medio muertos de hambre todos los días. Comprensión tampoco nos falta. Ya nos decimos unos á otros que si nos uniésemos y supiéramos resistir, la cosa andaría mejor.

—¿Entonces?

—¿Cómo quiere usted que tenga paciencia, cómo quiere usted que se una á los otros y aguarde, el que no tiene? Eso es muy fácil de decir. Hacerlo... Hacerlo es imposible. Si fuésemos los hombres sólo, aún, aún. ¿Pero y las mujeres y los chicos y la morralla que no tendrá pan que llevar á la boca, ni techo donde cobijarse, ni ropa que vestir si no entran con dinero los hombres? ¿Qué van á hacer los hombres cuando las mujeres gruñen y los chicos lloran y el casero va á ponerles los trastos en la calle? Lo que hacen. Dar á cualquier precio, perjudicarse los unos á los otros, malvender la pesca para coger dineros pronto,

ser esclavos del acaparador, porque el acaparador es quien tiene el dinero, y ese dinero es el que hace falta en la casa para que las mujeres no gruñan y los chicos no lloren. ¡Ay!, señor, señor; cuando hay hambre, cada uno mira para sí, cada uno procura matar el hambre de hoy sin pensar en mañana. Esto es lo que sucede. Ellos lo saben y aprovechan.

El marinero calla; enciende la requemada punta del cigarro, y el remo vuelve á hundirse en las aguas, dibujando entre ellas cambiantes primorosos.

¡Ah, filósofo, que predicas en tu libro la unión y el acuerdo y la suma de fuerzas entre los oprimidos para llegar pacíficamente á la derrota de los opresores y construir sobre cimientos de concordia y de paz el mundo futuro, tu libro es un sueño de ángeles, nunca podrá ser una realidad de hombres!

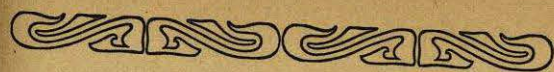
Las predicaciones de tu libro necesitan espera; la evolución, que en tu libro predicas, requiere tiempo, mucho tiempo; y ya escuchaste al pescador: el hambre no espera, el estómago es cobarde y se rinde pronto. No pidas al hambriento ni paciencia ni

fortaleza; pídele lo que el hambre produce: ó debilidad ó furor.

Pídeselo; y si crees en la justicia, en la necesidad del mundo por venir que predica tu libro, espera su arribo, no de la resignación y la paciencia de los opresos, no de la bondad de los opresores; espérala de un impulso bárbaro, de un gran terremoto social que vendrá súbito, implacable, provocado por el furor de las multitudes hambrientas.

El libro cae de entre mis manos y los remos siguen yendo y viniendo perezosamente por las aguas tranquilas.

Isla d'Artz.



PEREGRINOS

Al entrar en Auray he creído que, por capricho demoníaco, me habían transportado á una población española.

Mujeres enlutadas, hombres enlutados también, ellos y ellas presididos por sacerdotes y por monjas, procesionan las calles de esta ciudad triste.

La iglesia, de gótica arquitectura, como la de nuestras viejas catedrales, abre á los adeptos sus puertas. Dentro de ella se ora. Un clérigo discurre en el púlpito.

Sobre las paredes oscilan cuadros de místico asunto y de horripilante factura. Un Cristo, lívido, espectral, agoniza en las semisombras del altar mayor.

Por el vidriaje entra la luz con rayos anémicos. No parecen ellos hijos del sol, engendradora de seres y cosas, fecundo enamorado de la madre Naturaleza; hijos parecen de una lámpara fúnebre: ni calientan, ni